Año LVI.-Núm. 334. Barcelona jueves 31 de Diciembre de 1914. Pág. 17865.

EL DILUVIO

Diario republicano - Dos ediciones diarias

Información española y extranjera, Artes, Ciencias y Literatura

EDICION de la TARDE

Suscripción: Barcelona, ptas. 1'50 al mes. Fuera, ptas. 6 trim. Extranjero ptas. 9 trim.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES Escudillers Blanchs, 3 bis, bajos. | ANUNCIOS Y SUSCRIPCIONES Plaza Real, 7, bajos. Teléfono 630.

LA FRANCESA

Para ¡¡GOMAS HIGIÉNICAS!! irrompibles, de las mejores marcas, dirigirse a la más antigua y acreditada casa, CARDENAL CASAÑAS, 4.

Crónica diaria.

La Comisión organizadora del primer Congreso Nacional de la Prensa no diaria ha resuelto cerrar definitivamente la admisión de temas el día 10 de Enero, habiéndose comenzado la lectura de los mismos por la Comisión correspondiente.

Se reciben ofrecimientos de varias revistas adheridas para contribuir a la esplendidez del Congreso.

Ultimamente han sido registradas las siguientes adhesiones: *Lourdes, El Eco de la Industria, Revista Progreso, Iberia, Galicia Nueva, El Monte Carmelo, Tierra Hidalga, El Pueblo, Guasa Viva, El Gordo, Boletín Corchero. El Teatro de las Infantas, Lectura para el Pueblo, Comarca Selvatana, Música, El Obrero, El Amigo de la Juventud, Nueva Etapa, El Hogar y la Moda, Arte y Cinematografía, El Restaurador Farmacéutico El Monitor y El Liberal.*

En la Casa de Socorro de la ronda de San Pedro fué curado ayer José Planells Mora, de 60 años, de una herida en el brazo izquierdo, causada por haberle mordido el caballo que él mismo guiaba.

Durante el último trienio, en la fecha de ayer, registráronse en esta capital las siguientes defunciones:

	1912	1913	1914
Diciembre, 30. . .	56	62	52

En el Dispensario de Santa Madrona fué curado ayer mañana Casimiro Salas Villagrosa, de 30 años, de oficio zapatero, de una herida en la mano izquierda que se produjo trabajando en un taller, sito en la calle de Vila y Vilá.

Se ha dispuesto que se aumente a diez el número de estafetas urbanas sucursales de la Administración principal de Barcelona y servidas por personal de la misma.

La numeración y situación de estas oficinas será como sigue:

Estafeta número 1, plaza de Urquinaona, calle de Junqueras, calle de Bilbao, calle de Fontanella, Puerta del Angel, calle de Trafalgar (hasta el número 15 o 17).

Estafeta número 2, Gracia.—Plaza de Oriente, calle de Salmerón (del número 39 al 79, del 50 al 90) y calle Travesera (del número 8 al 20 y del 11 al 29)

Estafeta número 3, San Andrés.—Calle de San Andrés (del número 56 al 80 y del 17 al 73).

Estafeta número 4, San Martín.—Calle del Clot (del número 36 al 140 y del 29 al 123).

Estafeta número 5, Sans.—Calle de Sans (del número 2 al 36 y del 1 al 31).

Estafeta número 6, San Gervasio.—Calle de San Gervasio (del número 1 al 49 y del al 48); calle de Wagner (del 34 al 52 y del 33 al 51).

Estafeta número 7, calle de Casanova (desde el número 20 al 36 y del 19 al 23), calle de Muntaner (desde el número 1 al 23 y del 2 al 18), calle de las Cortes (del 560 al 580 y del 555 al 579).

Estafeta número 8, Puerto, Mundial Palace.

Estafeta número 9, calle del Carmen (del número 80 hasta el final), calle del Hospital (del número 100 hasta el final), plaza Padró.

Estafeta número 10, Horta, plaza de Ibiza o calle de Horta (del número 40 al 50).

Los mozos de escuadra del puesto de Palautordera pusieron a disposición de la autoridad competente a los vecinos de Fogás de Tordera José Prat, Joaquín Montal, Joaquín Iuncal, Ramón Puig, Juan Plases y Miguel Pujol, por haber destruído dos pasarelas del término de Palautordera.

Los de San Quintín de Mediona detuvieron a Mariano Ramón Pascual, que amenazó con un revólver que le fué ocupado, a su madre y hermana.

Los de los muelles de este puerto prendieron a cuatro rateros que pasaron a sufrir quincena.

Los de Odena auxiliaron al Juzgado con motivo del levantamiento del cadáver de Antonio Gumá Mercader, de 28 años, casado, natural y vecino de dicho pueblo, que se suicidó agarrándose a un cable eléctrico de la Compañía Canadiense, quedando instantáneamente carbonizado. Parece que dicho sujeto tenía perturbadas sus facultades mentales.

El alcalde de Manresa puso ayer en conocimiento del gobernador que a consecuencia del alza que ha experimentado el precio de las harinas en aquella población, es inminente el encarecimiento del pan.

Al intentar anoche subir a un tranvía en la plaza de Santa Ana una señora llamada Luisa Fabregat Roura, de setenta años, tuvo la desgracia de caerse y fracturarse el fémur derecho, siendo curada en el Dispensario de la Alcaldía.

La guerra europea.

El bombardeo de Nancy.

Conócense detalles del bombardeo de Nancy por un dirigible y un aeroplano alemán.

El día de Navidad voló sobre la ciudad un *taube*, que lanzó dos bombas, una de las cuales destrozó una guardilla de la Casa de Correos, cerca de la catedral. Al día siguiente, a las cinco de la madrugada, se presentó un Zeppelin; evolució a regular altura durante unos quince minutos, y arrojó 14 bombas, que cayeron en las plazas de Carnot y del Gobierno y en el Parque de la Pepinière.

El comercio de las naciones beligerantes.

En los tres primeros meses de guerra, de los cuales se tiene hecha estadística comercial, ascendió la importación de Inglaterra a 138,9 (—50,1) y la exportación a 79,5 (=53,7 millones de libras esterlinas. La importación fué, por consiguiente, un 26 por 100 menor que en el mismo período del año pasado y la exportación un 40 por 100. Además hay que tener en cuenta que el comercio directo con Alemania y Austria y Turquía, ha cesado completamente.

Las compras de Francia han descendido también de un modo extraordinario; las de Rusia han quedado suspendidas en su mayor parte, y Bélgica ha dejado de hacer transacciones con Inglaterra desde la conquista de Amberes por los alemanes. Además hay que añadir el retraimiento de todos los demás países, las dificultades y peligros de los transportes marítimos, las elevadas primas del seguro y la desorganización del mercado internacional del cambio. Las estadísticas comerciales de Inglaterra demuestran que ningún pueblo puede sustraerse a la solidaridad de las naciones en el intercambio comercial.

Precauciones en Inglaterra.

Por el ministerio británico de la Gobernación se ha dispuesto que las luces de los focos exteriores que alumbran los escaparates de las tiendas, se apaguen a la caída de la tarde y que todos los vehículos lleven por la trasera un farolito rojo, para evitar choques y otras desgracias.

El propio ministerio ha anunciado que dentro de breves días dictarán los alcaldes de los distritos costeros de Inglaterra las ordenanzas referentes al proceder que deberá observar la población civil de los pueblos del litoral para el caso de la aproximación del enemigo o de algún intento de bombardeo o invasión.

Pedir es.

El antiguo secretario de Estado del Imperio alemán, Deinburg, ha publicado un artículo, en el cual declara que Alemania desea asegurar la paz, y añade que, como alemán que conoce bien la historia de su país, está convencido de que de esta opinión participan no solamente los hombres más importantes de Alemania, sino en general todo el Imperio.

Analiza luego lo que constituye la ambición de las naciones aliadas, y a seguido expone las aspiraciones que él abriga, y que son las siguientes:

Anexión eventual de las provincias bálticas, siempre que su defensa no resulte difícil

Posesión de Amberes, que debe considerarse puerto alemán, tan necesariamente como Nueva York o Nueva Orleans lo son americanos.

Bélgica cesará de ser neutra. No será anexionada por las dificultades que resultarían como consecuencia de los elementos franceses que figuran en su población; pero contraría en el Zollverein, y Alemania se encargaría de su desenvolvimiento desde el punto de vista agrícola, comercial e industrial.

Neutralización de las costas inglesas, holandesas, belgas y francesas de la Mancha.

Anexión de algunas colonias donde Alemania pueda expansionarse; Marruecos u otra, si Marruecos no conviniera.

Y reconocimiento del Asia Menor como zona de influencia alemana, del Golfo Pérsico a los Dardanelos.

Condena.

El Eco de Hamburgo dice que el Consejo de guerra de Wilhelmshaven ha condenado a dos y un año de fortaleza, respectivamente, al comandante y al segundo comandante del crucero alemán *Yorck*, que se fué a pique en la bahía de Jada.

El automovilismo en el ejército alemán.

Hállase muy generalizado el empleo del automóvil en el ejército que manda el general von Kluck.

El servicio está dividido en dos partes: en uno están los camiones y los automóviles blindados y en otro los automóviles encargados de aprovisionar las vanguardias y de recoger los heridos.

Los camiones se relacionan con el parque de ingenieros del general Kluck y con los depósitos intermedios, y proceden, a lo largo de las trincheras, a distribuir los efectos necesarios, como municiones, explosivos, armas, picos, palas, etc.

Todos los días, veinticinco de dichos camiones salen del parque y van a las líneas para proceder a la distribución mencionada. Este servicio es independiente de los restantes Cuerpos de ejército alemanes.

El otro parque tiene 350 voluntarios para la conducción de los automóviles y 40 obreros para las reparaciones. Todo esto instalado en una fábrica francesa, no lejos del castillo en que se aloja el general Kluck, sobre el río Aisne, en la parte de Lahon.

Esa independencia del servicio de referencia responde a las condiciones en que se desenvuelve el ejército de von Kluck, que es, a su vez, autónomo e independiente del resto de la línea. Dicho ejército es el que más cerca se halla de París y el que mayor empeño pone en sostener sus líneas.

Los proveedores de Alemania.

Alemania se aprovisiona actualmente gracias a los países escandinavos, a Holanda, a Suiza, a Italia, a Rumanía, a los Estados Unidos, etc.

Del grado de amistad, simpatía, crédito y fe en el triunfo que poseen las naciones neutrales con respecto a las beligerantes depende el mayor o menor tráfico entre unas y otras. De ahí el que los Estados Unidos se nieguen a vender automóviles a Alemania

y piden a Inglaterra la venia para venderle algodón. Así es como Suiza prohibe la exportación de armas y autoriza la de otros productos. Así Rumanía declara libre la venta de petróleo y pone trabas a la exportación de otros artículos.

Elefante en campaña.

En el cuartel general botánico hay un elefante, que ha sido regalado por un escocés. El cuartel general lo conserva para que le dé buena suerte, siguiendo la costumbre de los regimientos británicos de tener cada uno una mascota.

A las armas.

En Austria todos los Ayuntamientos de Tremo han publicado bandos llamando al servicio militar a todos los hombres aptos comprendidos entre los 42 y 50 años.

El manganeso.

El Gobierno ruso ha prohibido en absoluto la exportación del manganeso.

Prusia oriental se despuebla.

Calcúlase en 300,000 los habitantes de la Prusia oriental que han huido desde que comenzó la guerra.

Desertores franceses.

La *Gaceta de Voss* dice que la Administración militar francesa se queja del gran número de desertores. El general Pau ha afirmado que reuniendo todos los desertores Francia podría formar más de un cuerpo de ejército. En Bélgica solamente se encuentran, por lo menos, 20.000 desertores franceses.

Lucha horrible.

La lucha sostiénese con grandes penalidades en Bélgica debido a la naturaleza del terreno.

Al Nordeste de Nieuport, en la región de las Dunas, apenas se puede adelantar un paso. Ni aliados ni germanos consiguen salir de sus posiciones. Se lucha sobre inmensos barrizales y no hay manera de transportar la artillería a donde es necesario instalarla para proteger un avance.

Al Sudeste de Nieuport se extiende un verdadero lago de 30 kilómetros de largo y tres a cinco de ancho y uno a dos metros de profundidad.

Los soldados se meten en él con el agua hasta el pecho y aun hasta el cuello.

Cuantos pelean en esas condiciones sufren horriblemente.

Un artículo de Harden.—El justo medio.

El famoso polemista alemán Maximiliano Harden ha publicado en su periódico *Zukunft* con el título «¿Qué haremos nosotros?», un artículo que ha sido objeto de muchos comentarios.

«Nuestras principales industrias—dice—bastan para todas nuestras necesidades. Millones de hombres vigorosos esperan impacientes ser llamados a filas. Oídos extranjeros no creerían al alemán que les repitiera el número de cañones que sólo la fábrica Krupp termina cada día. En otros términos, no hay razones para la angustia.

Pero, al mismo tiempo, no hay excusas para los alemanes que usan una arrogancia desbordada como en vísperas de un Sedán. Nuestros enemigos son fuertes y bien armados. Son hábilmente conducidos sobre los puntos de batalla importantes. Disponen de recursos gigantescos, todavía intactos.

Nosotros hemos advertido que los alemanes no hemos heredado el monopolio del genio de la estrategia. Nadie debe desesperar. Pero nadie tampoco debe entregarse a alharacas de victoria. La confianza es nuestro deber. Pero un regocijo clamoroso sería un sacrilegio.»

Por los refugiados belgas.

El resultado de la venta de banderitas hecha en París a beneficio de los refugiados belgas ha excedido a todas las esperanzas. Se recaudó millón y medio de francos.

El príncipe de Battenberg.

El príncipe Luis de Battenberg, que dimitió el cargo de jefe del Almirantazgo británico, no volverá al servicio activo mientras dure la guerra.

El sueldo que debía cobrar en la reserva es el de 30,000 francos anuales; pero en vista de los servicios excepcionales que ha prestado, cobrará 50,000 francos anuales. Así lo comunican de Londres.

Depositó el cadáver en la barca.

Lentamente descendió la escalera, salió a la playa y depositó sobre un montón de cuerdas el cadáver, siempre envuelto en una sábana.

En el vestíbulo de la villa había una linterna preparada.

Edmundo iba a buscarla y se detuvo.

Un ruido de pasos acababa de llegar a sus oídos y a unos cincuenta metros una luz vacilante avanzaba.

¿Qué podía ser esto?

Tomar el cuerpo y volverlo a la casa era imposible.

No habría tenido tiempo y le habrían visto.

Además, el que llegaba no podía ser más que algún viajero retrasado en la costa y que regresaba lentamente a su casa.

El transeunte continuaría su camino y él enseguida reanudaría su labor.

Entonces retrocedió sigilosamente y se escondió detrás de la puerta de la casa.

Pero de repente se estremeció.

Rápidamente la luz se había aproximado y en el rojo que proyectaba advirtió de ella Barcelo acababa de reconocer a Ivon e Ivonnic.

Girando a la izquierda, se dirigían hacia su barca.

Seguramente iban a subir a la barca y a partir para la pesca, puesto que uno de los hermanos llevaba sobre sus robustos hombros un par de remos enormes y el otro una linterna y un hilo cuyos pliegos trababan en la arena hirviendo una ligera huella.

Estaba perdido, todo iba a descubrirse...

Se hallaban los dos pescadores a una docena de metros de la barca, cuando, tomando una resolución suprema, Barcelo salió al encuentro de ellos.

Todo un plan acababa de germinar en su cerebro.

El no ignoraba el lado débil de los dos bretones.

Iba a invitarles a beber con un pretexto cualquiera, a embriagarlos, y cuando estuvieran completamente borrachos, mientras ellos dormían, él haría su obra.

Ivon levanto su linterna y le reconoció.

—¡Señor Barcelo!—exclamó—. ¿Y bien? ¿Qué cuenta usted? Vaina noche, ¿eh?

—Y que se anuncia muy mal—añadió Ivonnic—. Me parece que no tardaremos mucho en tener una temperatad de mil demonios.

—¿Y a pesar de eso—interrogó Barcelo—vais a pescar?

—No a pesar de eso... a causa de eso. Usted no entiende de peces, señor Barcelo; cuando el mar está alborotado es precisamente cuando se cogen los peces mayores.

—Lo cual no impide que vayais a arriesgar la vida en esa cáscara de nuez.

—¡Bah! Nuestra cáscara de nuez es sólida y muy marinera.

—Y cuando es preciso, es preciso—declaró Ivon con aire sombrío—. El

Lentamente descendió la escalera, bajó a la playa y depositó sobre un montón de cuerdas el cadáver, siempre envuelto en una alfombra.

En el vestíbulo de la villa había una linterna preparada.

Edmundo iba a buscarla y se detuvo.

Un ruido de pasos acababa de llegar a sus oídos y a unos cincuenta metros una luz vacilante avanzaba.

¿Qué podía ser esto?

Tomar el cuerpo y volverlo a la casa era imposible.

No habría tenido tiempo y le habrían visto.

Además, el que llegaba no podía ser más que algún viajero retrasado en la costa y que regresaba lentamente a su casa.

El transeunte continuaría su camino y él enseguida reanudaría su lúgubre obra.

Entonces retrocedió sigilosamente y se escondió detrás de la puerta de la casa.

Pero de repente se estremeció.

Rápidamete la luz se había aproximado y en el rojo que proyectaba alrededor de ella Bareste acababa de reconocer a Ivon e Ivonnic.

Girando a la izquierda, se dirigían hacia su barca.

Seguramente iban a subir a la barca y a partir para la pesca, puesto que uno de los dos hermanos llevaba sobre sus robustos hombros un par de remos enormes y el otro una linterna y un hilo cuyos plomos trazaban en la arena húmeda una ligera huella.

Estaba perdido, todo iba a descubrirse...

Se hallaban los dos pescadores a una docena de metros de la barca, cuando, tomando una resolución suprema, Bareste salió al encuentro de ellos.

Todo un plan acababa de germinar en su cerebro.

Él no ignoraba el lado débil de los dos bretones.

Iba a invitarles a beber con un pretexto cualquiera, a emborracharles, y cuando estuvieran completamente borrachos, mientras ellos dormían, él realizaría su obra.

Ivon levantó su linterna y le reconoció.

—¡El señor Bareste!—exclamó—. ¿Y bien? ¿Qué cuenta usted? Pésima noche, ¿eh?

—Y que se anuncia muy mal—acabó Ivonnic—. Me parece que no tardaremos mucho en tener una tempestad de mil demonios.

—¿Y a pesar de eso—interrogó Bareste—vais a pescar?

—No a pesar de eso... a causa de eso. Usted no entiende de estas cosas, señor Bareste; cuando el mar está alborotado es precisamente cuando se cogen los peces mayores.

—Lo cual no impide que vayais a arriesgar la vida en esa cáscara de nuez.

—¡Bah! Nuestra cáscara de nuez es sólida y muy manejable,

—Y cuando es preciso, es preciso—declaró Ivon con aire sombrío—. E

padre es viejo, la hermana está enferma y a nosotros, que somos jóvenes y fuertes, nos toca trabajar para ellos.

—Al menos beberéis un vasito conmigo.

—¿De su viejo aguardiente?—acabó Ivonnic haciendo sonar su lengua contra el paladar como si saborease ya el líquido.

—Nosotros lo hemos probado ya—apoyó su hermano—. Bernardo nos lo hizo probar una vez que vinimos a venderle pescado.

—¿Entonces, de acuerdo?

—Por completo. El tiempo de dejar mi linterna en la barca...

El pescador se dirigió hacia ella, pero vivamente Bareste ledetuvo.

—No, no, al contrario—le dijo—; tu linterna va a servirnos para alumbrarnos.

—Es verdad... no se ven ni los dedos de las manos...

Y precedidos del artista, que lanzó un largo suspiro de descanso, los tres entraron en la villa.

Un instante después estaban sentados ante una botella de aguardiente de marca con la cual había para emborrachar a diez hombres.

Apurado el primer vaso, los tres hombres comenzaron a hablar amistosamente.

—¿Conque decíais que Magdalena...—comenzó Edmundo.

—¿La hermana? ¡Ay! ¡Navega mal! Por el momento no hay nada que temer. El padre, que la cuida mejor que un médico, porque cuando viajaba como tripulante del *Neptuno* traía remedios extraordinarios de todas las partes del mundo, el padre, repito, dice que esto marcha poco a poco...

—Estas enfermedades matan lentamente.

—Y cuando menos se lo piensa uno, ¡zas! la muerte encima.

—Sí, una persona menos y un padre, una madre, unos hermanos y unas hermanas que se visten de negro y derraman lágrimas. ¡Ah, señor Bareste, se dirá lo que se quiera... pero esto es injusto, esto es cruel .. es indigno de un buen hombre como el que dicen está en el cielo!

—En fin, afortunadamente—continuó Ivon—, estamos a principios de Agosto, la buena estación en que el sol sonríe y nos calienta. Pero pronto vendrá el otoño... y después el invierno. Y entonces nada o poco de sol en nuestras playas bretonas. Es preciso irlo a buscar allí abajo, a las orillas del lindo mar azul. Quizás allí pudiera establecerse la pobre Magdalena. El padre levaría anclas con ellas y nosotros nos quedaríamos aquí pescando y guardando la barraca.

—Para eso se necesita dinero, mucho dinero, y nosotros no lo tenemos.

—¡Ah, miseria, miseria! ¡Cuando se piensa que se necesita oro para comprar un poco de sol!...

Mientras hablaban, los dos pescadores vaciaban su vaso, que Bareste les llenó de nuevo.

Y la conversación continuó.

—Usted, señor Bareste—prosiguió Ivon—, conoce nuestras viejas leyen-

das bretonas, que se cuentan por la noche, al lado del fuego, ¿eh? Pues bien, palabra de marino, yo siento que todas esas cosas sean patrañas. ¡Ah, qué hermoso tiempo era aquel de las hadas, las brujas y los hechiceros! Se podía hasta vender el alma al diablo para salvar a la persona que se amaba. ¡Rayos y truenos! ¡Cómo le daría yo mi alma al demonio a cambio de la salud de Magdalena!

—Y yo la mía—aprobó Ivonnic.

—Y, sobre todo, que yo estoy seguro de que el diablo correría el ridículo, porque Dios, viendo que nosotros hacíamos eso para salvar a nuestra hermana, que es buena y dulce como un ángel del paraíso, le diría al demonio: «Mi viejo, ¡te has lucido! Esas dos almas de bretones no son para ti. No te las mereces.»

—Hoy no hay recursos de ninguna clase—continnó Ivanic—. Cuando yo pienso que hace solamente algunos años, antes de ese 1875 maldito, podía uno venderse como sustituto por quinientos francos dos mil francos, y hasta más aun. ¡Ah! Si estuviésemos aun en esa época, yo conozco dos que no vacilarían un minuto. ¿Verdad, hermano?

—Ni un cuarto de minuto.

—Y volviendo por la noche a la cabaña, le habríamos gritado al viejo Joël: Padre, todo esto es para ti, para ti y para Magdalena, para devolverle la vida, la salud... En camino para el país del sol. Pero ¡ay!—concluyó tristemente—esto hoy no es posible.

De nuevo habían vaciado su vaso, pero esta vez Bareste no los llenó.

Hacía un momento que reflexionaba.

¿Y si compraba a estos hombres, dispuestos a dar su existencia por tan pequeña cantidad?

Claro que lo que tenía que proponerles era de una delicadeza extrema.

Era confiarles su secreto, entregarse a ellos atado de pies y manos.

Pero, ¡bah! Conduciéndose diestramente, hablándoles de la salud de Magdalena, su hermana, a la que adoraban, quizás conseguiría su propósito.

Edmundo, que hasta entonces no había bebido, vació su vaso de un solo trago para darse un poco de ánimo, y después, con voz que se esforzaba en hacer firme,

—Esto es curioso—dijo—, pero lo que vosotros acabais de decirme me recuerda una vieja historia sucedida en las mismas circunstancias a dos pescadores bretones como vosotros.

—¡Ah!

—Sí, ellos también tenían una hermana enferma, muy enferma, así como Magdalena... En un país cálido se habría salvado. Pero para ello necesitaban dinero, como vosotros, y los pobres diablos no lo tenían. Y cuando ambos se desesperaban, fué a verles un hombre a su cabaña y les dijo: Amigos míos, ustedes me conocen, yo no soy un asesino y, sin embargo, acabo de matar a un hombre... Tranquilícense; ha sucumbido en un combate leal, aunque sin testigos, y he aquí un escrito que lo atestigua. Por razones espe-

ciales y que es inútil decirles, mi adversario quiere que todo el mundo ignore su desaparición. Nadie sabe que ha venido aquí, y, por consiguiente, nadie podrá decir que le haya visto... Así, pues, para que no se sepa nunca lo que ha pasado, he aquí lo que he decidido, de acuerdo con la última voluntad del muerto, expresada en este escrito. Desea que por la noche su cadáver sea arrojado al mar bastante lejos para que la marea no le vuelva a la playa. Yo tengo en vosotros confianza ciega. ¿Queréis encargaros de esta lúgubre misión? Si estais conformes, mañana venís a buscarme y a decirme: «Esto se halla hecho», y entonces os entregaré cinco mil francos en oro... con los cuales podréis salvar a vuestra hermana, cuyos días están contados.» Ellos vacilaron un instante y después dijeron: «Está bien; aceptamos.» Y el año siguiente, alegre y sana, la pobre muchacha se casaba con su novio y era acompañada al altar por sus hermanos, más dichosos que ella aun.

—¡Ah, rayos—gritó Ivan—, si se nos presentara una ocasión semejante... en las mismas condiciones, está claro, porque un crimen, una mala acción no la cometeríamos!...

—Si alguien viniese a deciros al oído: «El cadáver de ese hombre muerto en un combate leal tenéis que amarrarlo a vuestra barca y arrojarlo lejos, muy lejos, al Océano; él mismo lo ha decidido así antes de morir; vuestra conciencia no tiene nada que reprocharos; aquí tenéis los cinco billetes de mil francos», ¿aceptaríais?

—¿Que si aceptaríamos?

—Contesta, hermano; pregunta si aceptaríamos.

Bareste vaciló un segundo y después con voz firme:

—Pues bien—dijo—, ¿y si os lo propusiera yo?

—¿Usted?—exclamaron los dos levantándose.

—Sí... La historia que acabo de contaros es la mía. El papel que atestigua que todo ha pasado lealmente y que el deseo expreso de mi adversario es ser sepultado en el mar helo aquí—agregó mostrando el papel—, podéis leerlo. Los cinco mil francos prometidos los tendréis mañana. No acordándome de vosotros, no queriendo enterar a nadie de este horrible secreto, yo me disponía a hacerlo en persona... El cuerpo está en vuestra barca, donde yo lo he dejado creyendo que no la utilizaríais esta noche. Sin vuestra llegada inesperada, yo estaría ya en plena mar. Pero las rocas que bordean la orilla exigen un minucioso conocimiento de los pasos que permiten salir a alta mar. En resumen, os lo pido de nuevo. ¿Queréis ganar los cinco mil francos y salvar a vuestra hermana Magdalena?

¡Magdalena!

Entre la espada y la pared, como vulgarmente se dice, los marineros vacilaban un poco.

Esta palabra mágica les decidió de repente.

—Sí...—respondieron.

—La tempestad va a estallar... Y hay que procurar no mojarse hasta los huesos.

—¡Vamos!

Y, tomando su linterna y después los remos dejados en el jardín, los dos hermanos salieron de la casa seguidos de Bareste.

Una forma rígida, cadavérica, había, en efecto, depositada en el fondo de la barca, cubierta con una alfombra.

Sin decir palabra, los dos hermanos izaron la vela, empujaron la barca al agua, y, favorecidos por el viento de Este, se alejaron rápidamente de la orilla.

Un momento inmóvil, el pintor miró la pálida luz de la barca, que tan pronto aparecía encima de las olas como desaparecía en su sombría profundidad.

Pronto la luz desapareció por completo en el horizonte negro, y entonces, con el pecho aliviado de un gran peso, el pintor volvió a su casa.

Todo esto había pasado rápidamente.

Las ocho y media acababan de sonar.

Edmundo pensó en Simona, la cual, ansiosa, debía aguardar a Juan, al cual no volvería a ver...

¿Y si él iba hasta Plouvara a hablarla?

Todo era mejor para la desgraciada que aquella ansiedad mortal...

Pero de repente un pensamiento que un instante antes no había hecho más que cruzar por su mente se aferró a ella.

¡Ay! Un obstáculo, una barrera infranqueable se levantaba ahora entre Simona y él.

Duelo leal o no, él siempre era el matador del marido.

Edmundo conocía a la condesa.

Esta muerte ella jamás se la perdonaría.

Y el imbécil decía una hora antes, orgullosamente, estúpidamente:

—El tiempo hará lo demás.

No... el tiempo no haría nada.

En vano había cometido un crimen abominable asesinando al amigo de su juventud, a su hermano mayor, al cual le había ya robado cobardemente la esposa.

En vano, temblando de horror, había llevado sobre sus hombros aquecadáver.

En vano había entregado su secreto a aquellos dos bretones que iban ahora hacia alta mar con el despojo mortal del que fué capitán de fragata conde Juan de Kergomeur.

Claro que quedaba Andrés... Andrés, el dulce querubín que su madre adoraba.

Pero no importa.

¡Ah! ¿Por qué fatal concurso de circunstancias había de llegar su marido en el momento en que Simona estaba allí?

¿Por qué aquel niño inocente, causa de todo, había descubierto a la condesa, tan bien escondida?

¿Por qué no se había batido y había sido herido él?

Vivo Juan, quizás podía esperar aun; muerto, y muerto por su mano, todo estaba concluído.

Monologando de esta manera, Edmundo llegó a los prados, donde *Velleda*, su caballo favorito, al ver a su amo, relinchó alegremente.

El pintor estaba agitado, nervioso...

El aire del campo le calmaría.

¿Y si diera un paseo a caballo? ¿Por qué no?

Y, entrando en la cuadra, ensilló rápidamente el valiente caballo, lo condujo por la brida hasta la puerta del jardín y allí, montando, partió al galope.

III.

En la noche.

Embriagado por la velocidad, Bareste corría a galope, dejando a su montura en libertad de dirigirse a donde quisiera.

Gracias a la frescura de la noche, su fiebre disminuía.

Pero siempre el mismo temor le obsesionaba.

Simona estaba perdida, perdida para él...

Su mismo amor maternal se estrellaría con aquel hecho espantoso, con aquel recuerdo que nada borraría jamás:

«Ha matado a mi marido.»

Porque si, gracias a las hábiles precauciones tomadas, el mundo lo ignoraba y lo ignoraría siempre, ella lo sabía bien...

En esto pensaba cuando su caballo se detuvo bruscamente, a riesgo de desmontarlo.

Sin duda el animal había tenido miedo.

¿Pero de qué?

Vivamente miró a su alrededor.

Había llegado a la altura de la línea férrea, que corta el camino en aquel sitio.

Por la vía, obstruída por un monton de escombros informes, iban y venían hombres con luces en las manos, mientras que, quebrantando el silencio espantoso de la noche, oíanse gemidos, gritos de agonía.

Entonces él comprendió.

Un choque espantoso acababa de tener lugar entre dos trenes que marchaban en dirección opuesta por la misma vía.

Ajenjo.

Al ajenjo pedía Barnier el remedio para olvidar sus penas. Fatalmente se entregaba a ese licor que se extrae de esa planta, de la raíz angélica, del *cálamus aromáticus*, de las semillas de *badiana*, un encanto semejante al que Asia y Africa piden al cáñamo; una excitación mágica que mezcla, a la borrachera brutal del Occidente, el transporte ideal de la embriaguez del Oriente. Barnier se aficionó a esa embriaguez casi instantánea, que subía y afluía de todas las partes de su ser a su cerebro; de esa embriaguez ligera, espiritual, casi aislada, que le arrastraba tan dulcemente en brazos de la locura y del ensueño.

Ponía en el fondo del vaso el ajenjo, de donde al punto subía el aroma de las yerbas embriagadoras. De lo alto, y gota a gota, dejaba caer encima del blanco nacarado ó ópalo; deteníase, volvía a coger la botella, la empinaba más, llenaba el vaso y bebía el licor verde como un haschisch líquido. Bebía y le parecía despertarse de una pesadilla. Sus pensamientos dolorosos se borraban, se alejaban como si se hubieran evaporado. La muerte se transfiguraba en una pálida imagen. El recuerdo flotaba en él bajo una mortaja color de rosa. Bebía y gozaba de aquella fiebre de sangre, de aquella electricidad en él esparcida y que le recorría con sus vibraciones interiores; de aquella actividad nueva que circulaba a través de sus sentidos morales y de sus facultades intelectuales.

Porque aquella embriaguez no era embriaguez de vino, no era una sensualidad animal un embrutecimiento; era más bien una sensualidad que abandonaba lo exterior de su cuerpo, su superficie, sus órganos exteriores para introducirse en el fondo, en esos órganos misteriosos que conducen a la impresión, a la sensación. Su espíritu, su imaginación, se volatilizaban, por decirlo así, y lo que llegaba a sus sentidos, llegaba poetizado y traspuesto como en un ensueño. En aquel vago despertar de una vida desconocida, su alma reía, sintiendo indecible goce de bienestar, algo de luminoso, como ríe un niño con las flores de su cuna. Su memoria recogía un resto de frase y con ella se mecía.

Y poco a poco las formas de sus ideas se hacían más ondulantes, más vagas, más dulces, más lejanas, como números que se cambiaran en armonías. Inclinábase su frente bajo una feliz pereza; Barnier se dormía con los ojos abiertos, con la torpeza de una planta abrasada por el calor, con el contentamiento de alguien aletargado en sus ensueños.

Y a medida que Barnier se embriagaba en aquella vida sobrenatural; a medida que buscaba sus goces, su libertad, su calma en los éxtasis perezosos, caía de más alto y más duramente sobre sí mismo; la vida ordinaria era para él un desencanto insoportable. Las sensaciones comunes se le hacían insípidas. La vulgaridad de la realidad le llenaba de un hastío sin límites. Sufría bajo el cielo pesado y gris de su existencia lo que sufriría un hombre encerrado en una cueva a cuyo dintel viera jugar el sol. Y el recuerdo volvía con su fastidio.

La embriaguez se hizo de esta suerte su verdadera vida, al lado de la cual la otra no era más que una miseria, una servidumbre, una mentira, una mixtificación; y llegó a pedir al ajenjo las fuerzas para el trabajo. Su inteligencia le pareció agrandarse mediante aquella excitación. Le pareció que su cerebro, sesado y como entorpecido, se llenaba de una especie de gas sutil. Su comprensión adquiría vivacidad y lucidez. Lo que había buscado vanamente, lo encontraba desde luego. Le parecía la solución de las cuestiones; los horizontes se abrían ante sus ideas. Hallaba en su espíritu una claridad de percepción y un alcance de que jamás había tenido conciencia.

Y no era únicamente a su espíritu; era, además, a su cuerpo al que daba aquella fiebre su fuerza. Su mano, como la de ciertos grabadores, afirmada con la embriaguez, nunca había sido más segura, más delicada, más hábilmente atrevida en las operaciones y curas que se le encomendaban.

* * *

Pero el hábito no tardó en apagar a Barnier aquel feliz goce de la embriaguez. Lo que bebía no le sustraía ya con bastante violencia a la pena y al fastidio. Ya no se sentía transportado, fuera de sí mismo, a un mundo de sensaciones que renovaran su ser. Ya no le subía a la cabeza más que una humareda de calor muy pronto disipada, excitación de un momento que casi le faltaba al punto y le abandonaba, como la ola abandona un cuerpo.

Fué preciso aumentar su ración de veneno. Cada día bebía un poco más; dobló, triplicó la dosis, llevándola hasta esas cantidades en

que el ajenjo parece deber aniquilar en el acto... Y cada día se hundía más a fondo en aquella beatitud artificial, donde gustaba la suspensión de todos sus sentidos, el silencio de su corazón. Lo que pedía a aquellos excesos y lo que aquellos excesos le daban, ya no era la sobreexcitación que le encantara al principio; era aquella atonía bienhadada que había sido su fin y como la confusión de sus primeras embriagueces. Y siempre, con mayor dulzura y más voluptuoso aturdimiento, le volvía aquella blanda torpeza que parecía deslizar una a una sus voluntades; aquel éxtasis mecido por fantasmas de ideas y de imágenes hormigueantes, aquel balanceo semejante al de una hamaca, que hacía rodar deliciosamente su pensamiento en el vacío.

Bebiendo de ese modo, ya no comía. El hambre le indicaba la hora de sus comidas. Su estómago parecía rechazar todo lo que no era el líquido que le abrasaba. Sus camaradas le veían en la sala de guardia cortar suculentos trozos de carne, desmenuzarla con el tenedor y dejarla allí. En un principio quisieron darle broma con esto; pero Barnier había contestado con tal violencia y brutalidad tan viva, que sus compañeros le dejaban hacer y casi no le hablaban. Sin embargo, no adelgazaba; más bien engordaba; pero con esa grasa hinchada que proporcionan frecuentemente los excesos. Maliboire observó que adquiría la costumbre de tener el pulgar doblado bajo los dedos y se horrorizó al ver, entre los síntomas de la borrachera, ese signo de la muerte que había observado en tantos moribundos.

Y J. DE GONCOURT.

Aves con anillo.

En la costa de la provincia de Vizcaya fueron cogidas recientemente algunas aves marinas que presentaban en las patas anillos de metal o de goma con inscripciones que los cazadores no supieron traducir.

Es de interés conocer el origen de estas aves con anillos, o *bagués*, como dicen los franceses.

Con objeto de estudiar las rutas y los movimientos de las aves emigratorias se han creado en Europa varios centros, en especial en las proximidades de los lugares preferidos por aquéllas para criar.

Cuando los polluelos están a punto de romper el vuelo, son aprehendidos en grandes cantidades y se les coloca un anillo, de goma o metal, con una inscripción en que se consigna un número de orden y el lugar de procedencia.

De estos establecimientos, los más importantes son: el de Rossiten, en el Norte de Alemania; el de Mr. Witherby, en High Holborn, Londres, y el de M-R Ornoth Kozpont, n Budapest (Hungría).

Los directores y personal de estos establecimientos ornitológicos no sólo colocan anillos a las aves cogidas cerca de ellos, sino que verifican igual operación en lugares de otras naciones.

Así han podido hacerse curiosos estudios sobre las aves emigratorias, llegando a darse casos de ser muertas en el Africa Austral aves que pocas semanas antes se hallaban en el Norte de Europa.

Todo cazador o toda persona que cogiera una de estas aves con anillo, debe enviar éste en un sobre a la dirección señalada en el mismo anillo, lugar y circunstancias en que se verificó la aprehensión.

Si así lo hicieren, no tardarán mucho tiempo en optener una respuesta del establecimiento ornitológico, anunciándoles que al ave en cuestión le fué colocado el anillo indicador en tal fecha y tal lugar.

Al seguir esta indicación, los cazadores y en general cuantas personas tengan ocasión de cumplirla prestarán un útil servicio a la ciencia.

Los ojos de algunos hombres famosos

Según Frelaway, ningún hombre tenía los ojos más brillantes que Lord Byron. Eran grises, rodeados de pestañas largas y negras.

Lady Blessington escribió sobre Byron, antes que él se fuese a Grecia, y cuenta que un ojo era mucho más grande que el otro.

Los ojos de Charles Lanit eran de distinto color, uno pardo y el otro tenía pintas grises

en el iris.

Algunos ojos cambian de color y así se explica que Coleridge, según dice Wordswoorth, era un hombre de ojos grandes y grises, y Carlyle lo describe con ojos pardos claros.

Chalterton tenía los ojos brillantes, grandes y grises, y como Byron, cuando se excitaba, uno lucía más grande que otro.

Calcolt dice que: «Era como el ojo del águila, pero se le veía el alma en el fondo.»

Andubon, célebre naturalista, tenía también ojos de águila y no se le escapaba nada en la naturaleza animada.

El duque de Wellington los tenía azules y Burns los tenía grandes, oscuros, según Walter Scott, que le conoció.

Servicio telegráfico y telefónico

de nuestros corresponsales

Madrid, provincias y extranjero.

Fallecimiento.

Madrid, 31 (3'5).

Ha fallecido el magistrado de la Sala primera del Supremo don Mariano Enciso.

Las zonas neutrales.

Cáceres, 31 (3'32).

Se ha celebrado una reunión magna de las fuerzas vivas de la provincia. Acordóse confirmar el programa arancelario agrícola y combatir las zonas neutrales.

Ugarte en Málaga.

Málaga, 31 (4).

El ministro de Fomento ha visitado las obras del puerto, inspeccionando las obras del puente de Tetuán.

La Junta del Puerto le ha obsequiado con un banquete.

EXTRANJERO

Servicio especial de la AGENCIA HAVAS.

La guerra europea.

Nota oficial rusa.

Petrogrado, 30 (23'55).

El comunicado oficial del día 29 dice que los rusos han progresado en las dos alas entre el Vistula inferior y Pelitza.

El Nida inferior también lo franquearon los rusos y tomaron los pueblos de Starokoresin y Semilowice, muy fortificados por el enemigo y aprisionaron a 40 oficiales y 1,800 soldados.

En la Galitzia occidental progresan también los rusos, que rechazaron al enemigo.

En la primera quincena de Diciembre los rusos capturaron a 50,000 austriacos.

Los Estados Unidos e Inglaterra.

Washington, 30 (23'50).

Los Estados Unidos pidieron a la Gran Bretaña una pronta mejora en el trato al comercio americano por la flota inglesa. Por parte de Inglaterra parecía haber cierto espíritu de conciliación, pero a causa del descontento producido por los últimos actos de los buques de guerra ingleses, el Gobierno de los Estados Unidos se ha visto obligado a pedir una declaración previa a fin de tomar toda medida necesaria para la protección de los derechos americanos.

Los Estados Unidos reconocen a los beligerantes el derecho de visita, pero con los expedidores neutrales deben justificar su intimación.

ÚLTIMOS PARTES

La *Gaceta*.

Madrid, 31 (10 mañana).

La *Gaceta* publica:

Leyes de Hacienda y Gobernación transmitidas ya.

Varios decretos, entre ellos uno de Hacienda, disponiendo que se adicione el párrafo que se publica al artículo 14 del reglamento definitivo para la administración y cobranza de la contribución de utilidades de la riqueza mobiliaria de 18 de Septiembre de 1906.

Dictando reglas relativas a la forma en que ha de continuar prestando sus servicios el personal administrativo y profesores mercantiles dependientes del ministerio de Hacienda.

Aprobando la propuesta formulada por el Instituto de Reformas Sociales de aumento de subvención a las entidades constructoras de casas baratas que se mencionan, las que no se dedican al lucro, cooperativas y las que el lucro no exceda de un 3 por 100.

Declarando que dentro de la primera decena de Enero se anunciarán oposiciones para plazas de profesores de Educación física, Caligrafía, Francés y Dibujo de las Escuelas Normales de maestros y maestras.

Disponiendo que los prelados formulen las ternas para las clases de Religión y Moral.

Disponiendo que los maestros y maestras que desempeñan en propiedad escuelas de sueldo inferior de 625 pesetas sean ascendidos a 1,000 desde 1.° de Enero próximo.

Aprobando la transferencia del ferrocarril secundario con garantía de interés por el Estado de Inca, Pollensa y Alcudia y ramal a La Puebla.

Comunicando que el ministro de Bélgica anuncia que han vuelto a ser encendidas las luces de la Costa de Panamá, desembocadura del río Congo.

Anunciando haber correspondido, desde la fecha de la convocatoria para oposiciones entre notarios hasta el 21 del actual en que terminó el último ejercicio al turno de oposición las notarías que se mencionan, entre ellas una de Barcelona, por fallecimiento de don José Borrell Nicolau.

Dejando sin efecto la circular de la Dirección de Sanidad exterior de 26 de Mayo último relativa al estado sanitario de Port-Said.

Proyecto de tarifas de ferrocarriles presentadas por varias Compañías.

Consejo aplazado.

Hoy no habrá Consejo en Palacio por enfermedad del señor Dato.

Disposición.

San Sebastián, 31 (10 m.).

El gobernador ha ordenado sean retiradas las camas que se instalaron en la frontera, en vista del descenso de repatriados.

Imprenta de EL PRINCIPADO, Escudillers Blanchs, 8 bis, bajos.